

El mundo en silencio.

El cine nos muestra muchas veces lo que puede ser un mundo en restricción, sea por ataques alienígenas, meteoritos gigantes, cambio climático, pandemias o la temible amenaza nuclear. Nos entretenemos en cada ocasión y, siempre, el jovencito sale indemne.

En todas ellas coinciden elementos comunes: Autoridades déspotas e incrédulas, unos pocos que tratan de salvar al mundo buscando una cura, la urgencia, el secretismo y la desorganización, la falta de empatía y de protocolos, los inescrupulosos, los acaparadores, los poderosos irreflexivos y el poder económico como algo intransable. La bondad está siempre ausente, salvo la autoflagelación.

El temor acompaña a los protagonistas a través de laberintos escabrosos donde no funciona internet o la electricidad, donde la vegetación hace lo suyo invadiendo todo, donde los animales salvajes se apropian de sus espacios y donde la lógica es que sobreviva el más fuerte. La inseguridad reina en el ambiente, mientras el silencio y la oscuridad cubre con su manto toda la existencia. Hoy, hemos acallado el ruido de los motores y solo tenemos el de la televisión. Por fin oímos el ruido de la lluvia y el viento y el canto de los pájaros.

El bicho se mueve, reproduce y se expande de manera silenciosa e invisible. Nos ha obligado a la cuarentena y a escuchar nuestros propios silencios, pensando en nuestro futuro y rogando que esto pronto pase y que podamos hacer la vida normal de nuevo y pronto. Nos han dicho que nos mantengamos en casa para evitar la propagación, pero no lo eliminaremos de nuestra vida nunca más. Mientras no haya un cierre total y que transcurra un plazo prudente desde el último infectado detectado, no podremos estar seguros.

En las películas pasa lo mismo. Siempre hay un espécimen resiliente; al que no pudieron pillar o eliminar; el que se incubó en un huevo o que alguien malévolamente guardó como recuerdo. Y ese da la certeza de que el productor podrá hacer una segunda parte de la misma.

Este bicho, sin ser inteligente, se cuida a si mismo. Se escurre entre los dedos y en la inconciencia societaria de muchos que se creen intocables y que miran con desdén lo que acontece. Si nos salvamos de la primera versión de la película, nada nos asegura que no seremos presa de la inevitable secuela y hay que estar preparado para ello.